

PRESENTACIÓN

«Il y a de la liberté partout»

El joven profesor Marco Díaz Marsá nos ofrece, pues como ofrenda de amistad filosófica hay que tomarlo, este texto sobre Foucault en el que expone sus reflexiones y largo bracear con el pensamiento del filósofo francés y a su través, a fin de cuentas, lo que él mismo viene pensando sobre cuestiones fundamentales de filosofía. Y ha tenido la ocurrencia de pedirme a mí, tiempo ha profesor suyo, unas líneas prologales que vienen a recordarme mi intensa ocupación con la obra foucaultiana, petición que entiendo en virtud de nuestro común interés filosófico. No puedo ni he querido dejar de corresponder a su invitación.

Es el suyo un libro singular por singulares razones. Primero porque frente a lecturas ya tempraneras, todavía hoy recalcitrantes, fijadas en tópicos que han venido haciendo de Foucault todo menos un «filósofo» (y sin duda alguna puede dar lugar a engaño el que él mismo haya negado para sí tal condición, si bien todo viene a aclararse debidamente al precisarse el sentido en que, en cada caso, se toma qué se entiende por «filosofía»), Díaz Marsá viene a hacer brillar con más fuerza y fulgor la naturaleza ontológica, de punta a cabo, del pensamiento foucaultiano. Su tarea, la tarea del pensamiento, leemos en *L'usage des plaisirs* no es otra que «un análisis –recuérdese el concepto kantiano de “analítica”, *KrV* A-65-6, B-090-1, y *Les mots et les choses*, cap. IX, III– de los “juegos de verdad”, de los juegos de lo verdadero y lo falso a través de los cuales el ser se constituye como experiencia, es decir, como pudiendo y debiendo ser pensado»¹. Este texto, y no es el único, caracteriza con un rigor extremo, palabra por palabra, el proyecto filosófico de Foucault, que viene a recoger el gran pensamiento occidental,

¹ El ser como lo que reclama y exige ser pensado; formalmente al menos de eso se trataba también para Heidegger: *das Zu-denkende*.

MODIFICACIONES

apropiándose y dándole, eso sí, ese giro, ese tono tan abridor y nuevo sin el que el pensamiento no puede vivir, pues se trata de averiguar (un modo de descubrir) si es posible y cómo ese tan buscado por Kant «cambio en el modo de pensar» y que Foucault expresa como «*penser autrement*»². De Aristóteles a Heidegger la cuestión ontológica es la cuestión que interroga por el ser (dejando de lado sus diferentes modalizaciones o problematizaciones tan decisivas, por ejemplo, en Platón, Kant, Hegel o Nietzsche, todas ellas por cierto presentes y operantes en nuestro filósofo). Pero esta al parecer tan abstrusa y abstracta cuestión ha sido, ahora y siempre, inseparable de la cuestión de la verdad (y de la falsedad, uno de los sentidos del ser, como es sabido, en Aristóteles), también de la cuestión que interroga sobre el hombre (no seamos ahora quisquillosos con la palabra), tanto en su dimensión «deseante» que alienta («sopla» escribió Foucault, DE III, 793) en el saber, en la técnica y en la acción, especialmente en la acción (recuérdese el comienzo de los *Metafísicos* de Aristóteles y de su *Ética a Nicómaco*), como en su «sentir común» y en su vivir en comunidad (*Política*), encaminando todo este ejercicio y práctica a una «buena vida» en el cuidado de sí y de los otros. La cuestión ontológica, pues, está en el corazón y en la nervadura de la obra foucaultiana: qué es, qué hay, qué pasa y acontece hoy, qué nos pasa y acontece en nuestro presente. Son preguntas que no abren un Noticiero que venga a satisfacer nuestro afán de novedades (*Neugierigkeit* heideggeriana). Son cuestiones ontológicas que abre el pensamiento y con las que el pensamiento ejerce su irrenunciable e indispensable crítica. Una de las respuestas a la pregunta «qué hay» reza así: «il y a de la liberté partout» (DE IV, 720), hay libertad por todas partes. Respuesta escueta que constituye a su vez un avispero de graves cuestiones. En ese avispero, en el que algunos estamos casi apresados, se ha querido meter el joven autor de nuestro libro para perseguir el escurridizo problema «ser (ontología) y libertad» en el filósofo francés. Y si bien es verdad que de un tiempo a esta parte esta matricial dimensión de su pensamiento está siendo más reconocida, no por ello deja de ser singular el libro que nos espera, si bien con un título algo desconcertante en este respecto, pues la palabra «libertad» está en él ausente, si bien el título, me apresuraré a decirlo, está ajustado y justificado, pues señala los desplazamientos a partir de los cuales Foucault ofrecerá otro rostro, o para ser más acorde con la verdad, un rostro más definido y perfilado: el compromiso indeclinable por la libertad individual y su dig-

² En este punto, y bastará con mencionarlo, no será baldío recordar lo que escribe Derrida: «pensar de otra manera no quiere decir “pensar *otra cosa*”. Se trata más bien de pensar lo que no ha podido ser, ni ser pensado *de otra manera*» (*Márgenes de la Filosofía*).

PRESENTACIÓN

nidad: «yo, creo –escribe– en la libertad de los individuos» (DE IV, 782) ¿De dónde, si no, la rebelión ante lo intolerable?

El libro es singular en otro respecto. Casi me atrevería a decir que expresa lípidamente un *ethos*, una actitud que sostiene todo el trabajo y le confiere una rara autenticidad, a mil leguas de toda pose. Ha crecido desde el amor, en medio de y mediándose con la conversación amistosa de quienes buscan la verdad y sin otro telos que el «cuidado de la más amplia libertad»: la libertad de sí y de los otros, la libertad de la comunidad. Rezuma por todo ello el texto una serena pasión, un trabajo paciente que nace de «la impaciencia de la libertad» justo para armarla, trazarla y configurarla, y así formándola darle forma: «un *labeur patient* que donne forme à l'impatience de la liberté» (DE IV, 578). Sabiendo además que el pensamiento, como el amor, no descansa, su tarea es siempre aporética (pues si es verdad que «hay libertad por todas partes, también «hay efectivamente estados de dominación») y buscada una y otra vez, como quiere y exige «el trabajo indefinido de la libertad» (DE IV, 574), como sin duda aprendió Foucault en la *Crítica de la razón pura*, A-317, B-374.

El libro es singular también, y no señalaré otras singularidades, por la sencilla honestidad con que su autor lo emplaza en la «hospitalidad», «sabiduría» y «cercanía benéfica» del ya no entre nosotros amigo profesor Quintín Racionero, en su seminario *Pólemos*. Intempestivo e innecesario testimonio «genealógico», pensará quizá alguno. Pues pareciera que cada cual nace de sí mismo y crece sin raíces, y así, callándolo al menos, creer parecer y aparecer más original e independiente ¡Bendita tal adánica *Selbständigkeit!* Nuestro joven autor, pues autor es, qué duda cabe, del texto y lo en él pensado y suya es la voz, se acuesta más sin tapujos del lado de Kant cuando se pregunta, entre candoroso y retador: «¿Hasta qué punto y con qué corrección *pensaríamos* si no pensáramos, por decirlo así, en comunidad con otros a los que *comunicar* nosotros nuestros pensamientos y ellos los suyos a nosotros?» (*¿Qué significa orientarse en el pensamiento?*). El diálogo del pensamiento y el pensamiento mismo necesitan su tiempo, su maduración (*Zeitigung*). «Un seminario –escribió Heidegger al término de uno de los suyos, sobre Hegel– es lo que da a entender la palabra, un lugar y una ocasión para diseminar aquí y allá una semilla, un germen de meditación que en cualquier tiempo de pronto pueda abrirse a su manera y fructificar» (*Identität und Differenz*). ¿Acaso no pensaba Foucault lo mismo cuando al comienzo de su curso de 1983 se dirigía a sus oyentes así: «Me gustaría decirles que a menudo es un poco arduo hacer un curso... sin saber si lo que se llega a decir puede encontrar ecos en quienes trabajan... y si de ello extraen posibilidades de reflexión?» (*El gobierno de sí y de los otros*).

MODIFICACIONES

Considero que, aunque no indicado en su título, el libro es un ensayo serio y cuidadoso sobre la cuestión de la libertad en Foucault. No estoy seguro si ateniéndonos a lo en él elaborado se trata de una «ontología de la libertad», algo así como el despliegue de la pregunta que interroga por el «ser» o «modo de ser» de la libertad, en sus múltiples aspectos; o si más bien el asunto del libro se cifra en algo tal como «ontología y libertad», es decir, en qué medida en la tarea del pensamiento ocupándose en cómo el ser puede y debe ser pensado la libertad juega un papel matricial que enhebra los tres ejes de la ontología histórica de la actualidad. Mirada la cuestión desde este respecto de consideración, se recorta el estudio principalmente en la dimensión moral y ética de la libertad con las implicaciones que tal dimensión comporta. En este sentido la estructura del libro manifiesta una rigurosa articulación en sus cinco capítulos. Especialmente interesante es el primero, no solo por la precisión con que se analizan las modificaciones del pensamiento en el espacio de juego de la libertad, mostrando así la interna unidad de la obra foucaultiana, tan presta a su pesar a ser leída en particiones y saltos, sino sobre todo porque afronta el gran problema que podemos encontrar desde Schelling y Hegel a Heidegger, pasando por Kant y a Kant volviendo: el problema de si es posible, cómo y a qué precio un «sistema de la libertad». Si un pensamiento y orden científico-sistemáticos hacen imposible algo así como libertad, dejándola cuanto más como un señuelo y consuelo. O si no más bien la libertad, lejos de ser renuente a todo sistema, requiere e impone una arquitectura, ajuste y juntura, siendo todo ello posible por obra de un pensamiento crítico. Bastará con recordar a Heidegger en su estudio sobre la esencia de la libertad en Schelling y sus *Beiträge zur Philosophie*, y el lema kantiano con que cierra la *Crítica de la razón pura*: «solo el camino crítico permanece abierto». Pensadores ambos, Kant y Heidegger, esenciales para Foucault. Crítica arqueológica y crítica genealógica van de consuno con el trabajo indefinido y abierto de la libertad. Nuestro joven autor recoge el problema bajo el rótulo «experiencia y sistema».

La libertad se dice de muchas maneras en Foucault. Por eso no es lo mismo qué significa «libertad» en una ontología del poder o en una ontología de la vida en las que, como interpreta Díaz Marsá, la libertad es el modo expresivo del ser-poder unívoco y se hace imposible toda resistencia, que lo que libertad viene a significar como substancia ética del sujeto moral en un marco de relaciones estratégicas. Dilucidar estas diferencias es tarea imprescindible si se quiere comprender cumplidamente el juego libre de la libertad de sí, de los otros, y de sí con los otros. Esta dilucidación se lleva a cabo detalladamente en el no menos importante y bien armado capítulo segundo.